

## **La lengua cortada**

*(Michel de Montaigne. 13 de septiembre de 1592)*

Durante mucho tiempo creí que estar con vida era preservarse de la muerte. Quizá había creído demasiado a Montaigne: “Vuestra muerte es una de las piezas del orden del universo, una de las piezas de la vida del mundo... No temas ni desees tu último día”. Sin embargo, ¿no nos contamos monsergas cuando convertimos la muerte en algo propio de la vida? ¿Del no ser una forma particular del ser y, como también dice Montaigne, de la muerte un simple salto “del mal ser al no ser”? Los griegos la llamaban la hermana del sueño, la hija de la noche. Es una mujer de la familia. Comemos con ella. ¡De ahí a que nos parezca sencilla, asidua, incluso amable! Saciados, un día abandonamos el festín, siguen recomendando los Antiguos. Nos vamos. Es lo que les contamos a los niños. Tu papá está de viaje, muy, muy lejos. Y el niño sabe que la caja negra le encierra en lo invisible, ahí, al lado. Justo al lado. ¿Marcharse? “Siempre hay que estar con las botas puestas y listo para partir... Puesto que Dios nos da la oportunidad de disponer de nuestro desalojo,

preparémoslo, cerremos la maleta”, me decía el autor de los *Ensayos*. Me parecía muy poca cosa. No estoy listo para marcharme. No lo estamos nunca, sin duda. No soy estoico. Ignoro si los sigue habiendo. Sé que pensar en la muerte no es pensar en la propia. Es dejar que lleguen esas tristezas que no hacen demasiado daño cuando nos encontramos bien: “Sí, claro, hay muerte y muertos, todo eso forma parte de la vida”. No obstante, ¿cómo engañarse con esa voluntad sobrehumana con la que Nietzsche conjuraba su melancolía: “Muere a tiempo”? Nunca se muere a tiempo. ¿Con qué frase me gustaría que Dios me acogiera en el umbral del paraíso? “Vete, regresa allá, date otra vuelta”.

De momento, engaño a la cosa leyendo y escribiendo la muerte de otros que escribieron. ¿Esa mirada sobre el hermano o el cofrade agonizantes es la consecuencia de un defecto de escritor, es decir, de uno mismo en un espejo? Asumo que es una curiosa idea pensar que lo más interesante que hay en la vida de un hombre es su muerte y en una obra su punto final. Sin embargo, la fascinación por las muertes de autores es de las más antiguas. Diógenes Laercio, en el siglo tercero, concluía casi todos sus retratos de filósofos, agrupados bajo el título *Vidas y doctrinas de los filósofos ilustres* con un apartado: “Muerte y epitafio”, seguido, a veces, de una carta. Podríamos incluso considerar su obra como una serie de “Muertes y últimas palabras de los filósofos”. Tales, Quión, Pítacco, Bías, Cleóbulo, todos esos nombres sobreviven solo por las pocas palabras que soltaron al final y que relató un testigo, algo mentiroso, decenas de años después.

Veamos la de Periandro, muerto en 585 a. de C., uno de los siete sabios, conocido sobre todo por el hecho de que un día, tras un acceso de cólera y de haber dado cré-

dito a las acusaciones de dos concubinas contra su mujer, embarazada por entonces, la mató a golpes de taburete e hizo quemar vivas a las denunciadas. Explican su demencia final por el hecho de que su madre, enamorada de él, le había persuadido de que una hermosa mujer quería entregarse a él a condición de que estuviesen a oscuras y no tuviera que hablar. Un día, al no poder seguir soporoso no conocer a esa deliciosa amante, Periandro ocultó una lámpara y la levanta en el momento oportuno sobre el cuerpo de la bella Cratea. Quiere matarla, pero se lo impide la aparición de un demonio. La madre se mata. Él se vuelve loco y es perseguido. Su muerte es extraña. Concibe una estratagema para que su final y su sepultura sean ignorados. Ordena que dos jóvenes salgan de noche por un camino desconocido, eliminen al primer hombre que encuentren y lo entierren con su nombre. Más tarde, pide a otros que persigan a los primeros, que los eliminen y los entierren. Después, se pone de nuevo a la cabeza de un pequeño ejército y se dedica a perseguir a estos últimos. Lo matan cuando se tropieza con los primeros asesinos. Entre sus sólidas reflexiones, le debemos: “La tranquilidad es una hermosa cosa” o “La precipitación conduce a la caída”. Sin embargo, no conocemos sus últimas palabras, salvo ese discurso en forma de ballet de asesinos, ese secreto de una tumba falaz, la locura de matar a la muerte.

También Montaigne preparó su desalojo escribiendo, ensayando con el relato de la muerte de los demás. “Nada hay de lo que tan gustosamente me informe como de la muerte de los hombres: qué palabras, qué rostro, qué actitud han tenido; ni fragmento de las historias en el que me fije con tanta atención. Parece por la prolijidad de mis ejemplos que tengo particular afecto por este tema. Si

fuera hacedor de libros, elaboraría un registro comentado de las diversas muertes. Quien enseñare a los hombres a morir, enseñaríales a vivir”. De hecho, se trata de un lugar común del Renacimiento. Rabelais le dedica un capítulo del *Cuarto Libro* al relato de muertes singulares. La de Esquilo: como consecuencia de haberle vaticinado que moriría al recibir algo sobre la cabeza, evitaba las casas, ciudades, árboles y rocas, pero lo mató el caparazón de una tortuga desprendida de las garras de un águila. La del poeta Anacreonte, estrangulado por una pepita de uva... Erasmo terminó cada uno de sus *Apotegmas* con las reflexiones de cada personaje sobre la muerte o en el momento de su muerte. Montaigne añade a ese *topos* una insistencia muy personal. Dedica su capítulo “De juzgar de la muerte del prójimo” a un catálogo de últimos instantes. Raro es que hable de un gran Antiquo sin evocar su muerte y sus últimas palabras. Amplía también su curiosidad a los anónimos, a los sencillos e incluso a los criminales. Critica a Tácito porque pasa demasiado rápido sobre las “hermosas muertes, como si temiera molestarnos con su gran cantidad y extensión”. Entre los que entonces no se llamaban escritores, sino que eran hombres de palabras, Montaigne cuenta la muerte de Sócrates.

Sé que no he tenido tratos con la muerte ni la he conocido, ni he visto a nadie que haya probado sus cualidades para instruirme sobre ellas. Los que la temen presuponen conocerla. Por mi parte, no sé ni cómo es ni cómo se está en el otro mundo. Quizá sea la muerte cosa indiferente, quizá deseable. Sin embargo, es de creer, caso de que sea una transmigración de un lugar a otro, que sea para bien el ir a vivir con tantos grandes personajes fallecidos (...). Si se trata de la anulación de nuestro ser, también es para bien el entrar en una larga y apacible noche (...). Si muero y os dejo con vida, solo los dioses ven a quién le va mejor, si a vosotros o a mí.

Montaigne admira “una preocupación tan indolente y descuidada consideración de su muerte”, la expectativa “de una esperanza muy cierta, sin emoción, sin alteración, y actuando y hablando de manera más sencilla e indolente que tensa y elevada por el peso de tal meditación”.

Sobre todo, y casi siempre entre líneas, vuelve a la muerte de Étienne de la Boétie, el amigo, el hermano del que nos dejó en 1563 un relato con el título: *Resumen de una carta que el Señor Consejero de Montaigne escribe al Señor de Montaigne, su padre, respecto a algunas particularidades observadas durante la enfermedad y muerte del fallecido Señor de la Boétie*.

“Hermano mío, me dice, quedaos junto a mí, por favor”. Y luego, ya sea porque sentía los agujones de la muerte más apremiantes y punzantes, ya por encontrarse bajo los efectos de algún medicamento caliente obligado a ingerir, adoptó una voz más retumbante y más fuerte, y empezó a revolcarse violentamente en la cama, de manera que todos los presentes empezaron a albergar esperanzas, porque hasta entonces su mera debilidad nos las había hecho perder. Entre otras cosas, empezó entonces a rogarme una y otra vez con extremo apego que le diera su lugar, de manera que temí que se hubiera trastornado. Incluso habiéndole demostrado suavemente que se dejaba arrastrar al mal y que las suyas no eran palabras propias de un hombre sereno, no se rindió de buenas a primeras, sino que insistió con más fuerza: “Hermano mío, hermano mío, ¿acaso me negáis un lugar?”. Hasta que me obligó a convencerle con razonamientos y a decirle que, dado que respiraba, hablaba y conservaba el cuerpo, ocupaba por consiguiente un lugar. “Sí, sí –me respondió entonces–, pero no es este el que necesito. Además, cuando ya todo está dicho, ya no tengo ser”. “Dios no tardará en daros uno mejor”, le dije. “Ojalá ya estuviera allí –me respondió– hace tres días que suspiro por marcharme”.

Horas más tarde, en medio de “una confusión general” y tras decir que solo había visto “una espesa nube y una oscura niebla en la cual todo estaba embarullado y desordenado”, La Boétie se apagaba y dejaba en su testamento, “una amorosa recomendación con la muerte entre los dientes”, a Montaigne como heredero de su biblioteca y de sus papeles. El capítulo veintinueve de los *Ensayos* no es sino el conjunto de los veintinueve sonetos de La Boétie. El amigo consiguió su lugar. Durante treinta años, Montaigne escribió a ese muerto y sobre esa muerte. Por doquier, en las paredes de su librería, en los márgenes de sus enfermedades y lecturas, en tantas páginas de los *Ensayos*: “Solo es humo, solo una noche oscura y tediosa. Desde el día en que le perdí, lo único que hago es arrastrarme languideciente”. Hasta el final, queriendo, como dice Pierre de Brach, una de las dos personas que contaron los últimos instantes de Montaigne: “desplegar las últimas concepciones de su alma y hacer como la lámpara que, a punto de apagarse, estalla e ilumina con una luz más viva”, significaba mantener la llama del escritor perdido. “La palabra pertenece mitad al que escucha y mitad al que habla”, escribirá. La muerte de La Boétie cortó la vida de Montaigne en dos. En longitud, treinta años antes y casi lo mismo después. También en amplitud: “Éramos la mitad en todo, me parece que le privo de su parte... Me parece que solo soy la mitad”.

Por su parte, Montaigne deseaba una muerte que fuera exclusivamente suya: imposible intento de buscar así una forma propia de dejarse desapropiar. “Me basta con una muerte ensimismada, tranquila y solitaria, solo mía”. Alocada perspectiva, puesto que sabemos que morir es fundirse y escaparse de sí. “Me desligo de todo; a medias me he despedido de todos, excepto de mí mismo”. Porque

las desuniones no evitan el desenlace ni el progresivo alejamiento el desgarramiento final. En septiembre de 1592, treinta años después de haber presenciado la agonía de Étienne en el castillo de Germignan, Montaigne perdió a Michel, la otra parte de sí mismo. La muerte es tuya. La muerte es mía. No obstante, él mismo había descrito algo y por anticipado su final. Cuenta la experiencia de una caída del caballo casi mortal: “Me parecía que solo me quedaba vida en los labios; cerraba los ojos para ayudar a empujarla fuera, o eso me parecía, y disfrutaba languideciendo y dejándome llevar”. Sintió entonces que la muerte podía estar “no solo exenta de malestar, sino incluso mezclada con esa dulzura que sienten los que se deslizan al sueño”. La había deseado “a su gusto”, o sea, voluptuosa y llena de palabras, pero cuando llegó de verdad, dulce no fue. Más bien dura, ruin. Según Pasquier, Montaigne conoció lo que más temía: una muerte muda.

No puedo imaginar ninguna situación tan horrible e insostenible para mí como la de tener el alma viva y afligida sin medios para expresarse, como diría de aquellos a los que envían al suplicio tras haberles cortado la lengua (...) y los mantienen mientras tanto en condiciones y lugares donde carecen de todo medio para expresar y significar sus pensamientos y sus miserias (...). Si en esos momentos me viera obligado a elegir, creo que más bien consentiría en perder la vista que el oído y el habla.

En la muerte de La Boétie lo que Montaigne admira y envidia es mantener hasta el final la capacidad de palabra, de diálogo, de sentido. Librado de un silencio sin quejas por los olores del vinagre y los sorbos de vino, el amigo respondía entonces al amigo que le interrogaba sobre sus pensamientos: “Grandes, grandes, admirables, infinitos e indecibles”. Una muerte elocuente. Oímos

cómo le pregunta a su mujer: “Semblanza mía, os atormentáis antes de tiempo: ¿no queréis apiadaros de mí?”

¿Cómo fue la muerte del perpetuo superviviente? ¿Cómo se desató Montaigne? “Si tuviera que elegir, sería, creo, más bien a caballo que en la cama, fuera de casa y alejado de los míos”. Montaigne murió en su casa, entre los suyos que poco se querían mutuamente. Con frecuencia expresó el deseo de tener a su lado, en el momento de la muerte, a un amigo al que confiarle sus últimos pensamientos. No sabemos si encontró uno con el que poder cumplir ese deseo. Étienne Pasquier y Pierre de Brach, a través de cuyas cartas conocemos algo de su muerte, no estaban allí el 13 de septiembre de 1592.

Según el primero, que quizá conoció esos detalles por su viuda Françoise de La Chassaigne, al sentir que se acercaba el final de sus días, Montaigne se levanta de la cama en camisón, coge su batín, abre su despacho y convoca a todos sus criados y demás legatarios. Les paga las sumas que les dejaba en su testamento, en previsión de las dificultades que, tras su muerte pondrían sus herederos para acordarlas. Luego, en presencia de algunos vecinos, encarga una misa en su habitación. “Cuando el sacerdote procedía a la elevación del *Corpus Domini*, ese pobre gentilhomme se lanza lo mejor que puede, a la desesperada, sobre la cama y con las manos juntas. En ese último acto rindió su espíritu a Dios, fue como un hermoso espejo de su libro”. Me gusta esta muerte. Desde que vi en mi infancia, domingo tras domingo, ese misterio de un hombre que lee en voz alta una historia que habla de Dios, se me confundieron un poco las cosas. No solo creo que la verdad del mundo y la mía se encuentran en esas páginas ennegreci-

das con pobres signos y en ningún otro lado, sino que, en ocasiones, pienso que ese algo o ese alguien extraño del que me habían hablado bajo el frío de la piedra que conseguía que las iglesias se parecieran a vastas tumbas abovedadas sobre nuestras penas, que Dios —¿diré por fin ese nombre?—, que Dios no es más que un inmenso libro.

También me gusta la otra muerte de Montaigne. Según de Brach, “gustó y aceptó con serenidad” su muerte, pero lamentó “no tener a nadie a su lado con quien hablar”. La última carta que recibió era de Anthony Bacon. Brach se la llevó aunque ya estuviera muerto. Marie de Gournay, “la joven aliada” de Montaigne, añade que le había escrito un tierno adiós. Depositada en las buenas manos de su hermano, Pierre de la Brousse, la carta se perdió por el camino. Su sed de detalles fue tan grande que Marie intentó recopilar posibles testimonios del final de Montaigne. La correspondencia desapareció y la biblioteca fue vendida y dispersada. Montaigne tampoco se había ocupado de sus restos: “Como queráis”, dijo, imitando a Sócrates. Últimas voluntades. Preparativos fúnebres, extraña expresión para designar lo que podríamos no haber *querido* y que, además, los supervivientes violarán en cuanto puedan, haciendo caso omiso a ese último solemne. Montaigne se burla de “aquellos que mientras aún viven y respiran deciden gozar con el orden y el honor de su sepultura y se complacen viendo en mármol su aspecto, los que saben vivir de su muerte”. No quiso oración fúnebre. No porque no la hubiese merecido, sino porque ya no estaría para escucharla. Las disposiciones funerarias fueron sencillas: llevaron su corazón, cosa nada rara entonces, a la iglesia de Saint-Michel y su viuda decidió que enterraran su cuerpo en la iglesia de los Feuillants, en Burdeos. Los revolucionarios quisieron privar

a la religión de sus restos y entregárselos al saber. Hoy se hallan en el vestíbulo de la Facultad de Burdeos. Sus verdaderas cenizas están en otro sitio: en el millar de páginas que hoy tiene el ejemplar de los *Essays*, llamado “de Burdeos”, junto al millar de añadidos y multitud de otras correcciones, todos ellos en hojas sueltas. Marie de Gournay se encargó de la impresión a finales de 1594 en París, en la imprenta de Abel L’Angelier.

“Lo más grande del mundo es saber pertenecerse”. Esa es toda la tarea de los *Essays* y no quiere decir “ser uno mismo” o “solo ser para uno mismo”. También quiere decir morir con uno mismo. “En modo alguno compadezco a los muertos, más bien los envidiaría. En cambio, mucho compadezco a los agonizantes”. De esa manera, diferenciaba el estar muerto del morir. Si los que aman la vida temen tanto lo uno como lo otro, para negar lo segundo se inventan o nos inventamos palabras. A Montaigne le hubiese encantado encontrar una muerte “charlatana, como los que, gustosamente, siguen avisando al pueblo mientras se marchan”. Esta le retiró las palabras de la boca. Pasquier añade un detalle a su cuadro: Montaigne murió de la enfermedad de la piedra, pero además con una “esquinancia sobre la lengua, de tal manera que permaneció tres días completos lleno de entendimiento sin poder hablar. Se veía obligado a recurrir a la pluma para que comprendieran sus voluntades. Al sentir que se acercaba su final, le rogó a su mujer en una nota que convocara a algunos vecinos gentilhombres para despedirse de ellos”. ¿No había sido eso su vida, el extraño destino de tener que escribir lo que no podría decirse? ¿Qué es escribir sino recurrir a la pluma para hacerse oír un poco, con sus miedos, deseos, pensamientos, afectos? ¿Hablar al papel, porque tenemos la lengua cortada o porque na-

die nos escucha? “Después, cuando todo está dicho, ya no tengo ser”, había espetado La Boétie. “Y luego, cuando ya nada puedo decir, mi ser ya es nadie”, parece decir Montaigne. No creía que las últimas palabras dicen la verdad de una muerte ni de una vida. En las voces de los que arrastran una muerte languideciente, escuchaba ecos de los vivos, azares en sueños, ruidos de cuerpos:

Las voces y respuestas cortas y deshilvanadas que, a veces, les arrancan a fuerza de gritarles en los oídos y de sacudirles con violencia, o los movimientos que parecen consentir en cierto modo a lo que se les pide, no son prueba de que vivan, al menos una vida completa. Así nos ocurre en los balbuceos del dormir, antes de que se haya apoderado de nosotros por completo, de sentir como en sueños lo que pasa a nuestro alrededor, y seguir las voces con oído turbio e incierto que parecen estar en los límites del alma: y damos respuestas a las últimas palabras que nos han dicho, con más fortuna que sentido.

Por lo tanto, nada sabemos de las últimas palabras de Montaigne. Lo más probable es que no las haya habido o solo unas oraciones. Sin embargo, sabemos que para él mientras hablemos, no morimos y que las últimas palabras de un escritor están escritas. Las encontramos casi por todas partes en los ciento siete capítulos de los *Essays*, porque se había acostumbrado “a tener no solo en la imaginación, sino continuamente, la muerte en la boca”.

Tener la muerte en la boca no quiere decir, sin embargo, encontrarla a su gusto. Amarga e infecta, hay que beberla; masticarla, aunque descompuesta y repugnante. Nunca llegaré a encontrarla buena, como decían en el

Gran Siglo,<sup>4</sup> o hermosa, como ya no decimos en el nuestro. Que nadie se llame a engaño, en la alianza de palabras de mis muertes imaginarias es la segunda la que me fascina. Afortunadamente: no digáis con Cioran que hay algo de inelegante en temer a la muerte. ¿Y por qué hay que ser elegante? Si puedo ser justo y auténtico me bastará llegada la hora. Cuando suene la llamada, seguramente diré que Dios me llama por la otra línea.

---

4.- *Grand siècle* es el periódico histórico que, *grosso modo*, abarca en Francia desde finales del siglo XVII hasta comienzos del XVIII.

### **Moriremos solos**

(Blaise Pascal, 19 de agosto de 1662)

Con su cabeza de rollizo roedor y su sempiterna camisa sucia, Marcel Schwob siempre aportaba algo cuando lo invitaban a cenar. Palabras y páginas que descargaba sobre sus estupefactos oyentes. A menudo, las de Pascal, brillantadas por la sonoridad de su voz melodiosa, contrapuesta a la palidez de un cuerpo casi borrado, sometido sin cesar al cuchillo del cirujano.

Nunca he podido leer los *Pensamientos* sin escucharlos como una música negra y cascada llegada desde lejos; sin mirarlos como si fueran el cuerpo desnudo de Pascal; sin leer en ellos no una *Apología* de la religión cristiana, ni un libro en el que disputa con Montaigne de filósofo a filósofo, sino como un diario íntimo, una carta desgarrada. Pocos libros están tan anudados, estrangulados por la angustia y el horror a morir. Cierto es que Valéry le reprocha un desamparo bien escrito: “Se nota demasiado la mano de Pascal”. Ver su mano, amarillenta por la enfermedad, correr temblorosa por la hoja es, precisamente, lo que me conmueve cuando lo leo. Varias notas de sus